GT 39: Arqueología indígena en la región del Plata

Arqueología y política. El uso del pasado con fines políticos en la Región del Plata[1]

Mag. Octavio Nadal

GIAF: Grupo de Investigacion en Arqueología Forense. Presidencia – Universidad de la República.

octavionadal@gmail.com

Este trabajo es una investigación acerca del uso político del pasado, en el surgimiento del Uruguay moderno a partir de 1897 hasta fines del siglo XX. Busca mostrar la relación entre Arqueología y nacionalismo en la conformación de las identidades modernas en el Uruguay.

Para ello se plantea una revisión bibliográfica y la aplicación de un conjunto de técnicas cualitativas de estudio, dirigidas a identificar versiones del pasado más o menos manipuladas, construidas sobre todo con base en la arqueología y la historia.

se argumenta que el conocimiento arqueológico es construido en un presente político que influye en la visión del pasado, a menudo relevante para las identidades nacionales actuales. Para ello se indagará en los modos en que el conocimiento arqueológico contribuye a dar perspectivas nuevas del pasado y; cómo se generan usos públicos de esas representaciones.

El propósito final del trabajo es mostrar cómo en la variedad de los usos del pasado con fines políticos, la arqueología ha sido productora de memoria junto a otros actores ciudadanos; cómo ha cumplido funciones políticas contribuyendo a socializar relatos representacionales del estado-nación en el siglo XX; con especial énfasis en el caso uruguayo.

[1] Síntesis de Tesis de Maestría, FHCE, Udelar, diciembre de 2012

La construcción de identidades nacionales: Un papel para la historia

El tema del uso del pasado tiene antecedentes en diversas partes del mundo, donde particularmente la historia ha servido para dar legitimidad al proceso de conformación de naciones. La situación fuera de Uruguay está marcada por una tradición muy reconocida en Francia que ha instituido el concepto de «lugares de memoria»; clasificando los discursos políticos acoplados a la historia, en función de su utilidad (Rilla 2008: 51). En este trabajo intentaremos una aproximación a los usos del pasado buscando ejemplos en la arqueología, sin desconocer que la «verdad histórica» de los relatos así construidos, no queda cuestionada por la «verdad arqueológica». Si bien el problema epistemológico que significa volver inteligible el pasado, no se aclarará desde la arqueología; sin embargo, creemos que la disciplina puede contribuir a mostrar las condiciones políticas en que se engendran determinados usos de ese pasado.

La manipulación y utilización de restos arqueológicos, ruinas gloriosas, lugares consagrados por hechos reales o supuestos, con el fin de construir relatos de orígenes nacionales o levantar demandas por territorios, ha sido una apelación recurrente en algunos contextos políticos, recientes y más remotos.

Las demandas a supuestas contribuciones y habilidades de distintos pueblos han jugado y continúan jugando un papel influyente y a veces paradójico en las plataformas políticas de diversas comunidades en el mundo. La comprensión de este fenómeno requiere como mínimo, la exploración de los orígenes de la arqueología como disciplina científica en un escenario de luchas políticas, donde la carga simbólica y la manipulación emocional de lugares y cosas, fueron la piedra de toque para la evocación de identidades de distintos pasados, desde los celtas, los francos o la antigüedad romana (Trigger, 1992). El perfil de esos relatos implicó una gran dosis de «constructivismo» (creación, invención de identidades nacionales) a menudo en pos de propósitos económicos y políticos. Por su lado, las interpretaciones nacionalistas del pasado, se han salido todo el tiempo del relato que procrearon, demostrando los distintos grados de ficción (manipulación) insertos en las sagas nacionales. En Alemania durante el nazismo, la arqueología fue considerada una herramienta imprescindible para la «reconstrucción nacional», contra toda duda acerca de que las conclusiones de las investigaciones pudieran resultar contrarias a los intereses oficiales (Jones, 1997).

La arqueología se vio envuelta, en esos casos, en reconstrucciones del pasado potencialmente dañinas; siendo susceptible políticamente al reflexionar sobre un pasado que no existe, desde un presente político. No obstante, se constituyó progresivamente en un saber separado y distinto, capaz de suministrar elementos para una reconstrucción responsable y ética de los acontecimientos, sobre la base explícita del manejo científico de datos; acercándonos distintas visiones que los ciudadanos podrán juzgar como más o menos plausibles.

En el mundo actual en que los intentos por generar nuevas comunidades supranacionales, (incluimos por igual a los procesos de unificación como la UE o el Mercosur y otros de descentralización como el estado español, o disgregación como la ex URSS) tienen como contrapunto el resurgimiento del nacionalismo xenófobo y las apelaciones emocionales a la herencia étnica, como alternativas en torno a identidades étnicas minoritarias; la arqueología ha sido muchas veces llevada a responder para validar límites territoriales y «ancestralidad», muchas veces al servicio de mitologías racistas y nacionalistas. Los arqueólogos sin embargo, están llamados a desarrollar una conciencia crítica que permita evaluar cómo se enuncian y se condicionan, desde ámbitos político-económicos e ideológicos, los objetivos de las investigaciones y las responsabilidades de los investigadores implicados en visiones rivales acerca de la autenticidad de algunas aproximaciones arqueológicas u otras, a la etnicidad en el pasado (Kohl, & Gollan, 2002).

Los orígenes de la arqueología científica, el presente es el modelo del pasado

La arqueología ofrece herramientas muy concretas, al poner por delante objetos, brinda las pruebas materiales que sirvieron, para montar sobre ellas distintos relatos acerca de las raíces culturales de pueblos que se perdían en la sombra del pasado prehistórico. La arqueología y la propia historia dejaron de ser una mera anécdota de anticuarios que divertía a las cortes, para transformarse en un instrumento de acción social y política hasta el momento desconocido. El Sistema de las Tres Edades: Piedra, Bronce y Hierro, concebido en el siglo XIX por el arqueólogo danés C. J. Thomsen (continúa siendo usado al día de hoy); permitió un conocimiento del pasado de Dinamarca y de Europa que no tenía antecedentes. Según el propio autor sostenía, el sistema proveía una pauta para interpretar oleadas migratorias y relaciones con otros pueblos. El método se basaba en la ordenación y sistematización de numerosos materiales arqueológicos procedentes de hallazgos y excavaciones en diversas regiones del país. Este acervo fue expuesto en un Museo que abrió sus puertas por 1819 en Copenhague y que exhibía las «antigüedades danesas», restos de armas, herramientas y ajuares en un gesto de orgullo nacional (Trigger, 1992).

Los estados-nación, estas nuevas unidades políticas emergentes, reagrupaban verdaderos «mosaicos» de pueblos, a los que debían otorgar un sentido de identidad demandado por el nuevo esquema político. Es un proceso complejo en que la práctica institucional de la arqueología adquirió distinto peso en cada estado, en función de la calidad y disponibilidad del registro que comenzaba a generar con el desarrollo de las investigaciones.

La fuerza simbólica que esos elementos ganaron en el contexto de las luchas por la legitimidad en la ocupación de un territorio, convirtió muchos de los hallazgos en emblemas que se acomodaban con leyendas vernáculas. Las antiguas ruinas, las reliquias, las antigüedades salen de las tradiciones orales en virtud del operativo arqueológico que las pone al servicio de una memoria escrita, que las identifica y las encaja en un contorno nacional.

En América, este proceso asume una forma peculiar porque no hay continuidad étnica indiscutible de las élites gobernantes con la población indígena en todos los países. Los proyectos nacionales nacientes durante el siglo XIX, fueron profundamente afectados por una visión eurocéntrica de la cultura en sintonía con visiones políticas de progreso, sobre todo en aquellas naciones con poblaciones indígenas o africanas de menor proporción. En el caso de estados como Perú o México que presenta amplias poblaciones indígenas, la percepción del pasado se asimilaría a la luz del «indigenismo» (Politis 1995, 204 y ss.) una ideología de corte nacionalista que enaltecía como ancestros superiores a incas y aztecas. Las demandas políticas de los sectores populares urbanos de estas naciones, se expresaban en claves que reflejaban sentimientos de solidaridad con los antiguos imperios locales, de los que se sentían sucesores.

Sin embargo, el conocimiento del pasado prehispánico se había desarrollado dentro de las corrientes del evolucionismo cultural y el difusionismo, llevado a México, Colombia y Chile por científicos alemanes y suecos principalmente (Politis1995: 200), atraídos por las manifestaciones monumentales del área andina y México.

La intersección de la arqueología y el nacionalismo generará diferentes planos de interpretación y representación; que buscarán presentar de un modo altamente selectivo, una «esencia» de «ser indígena» exaltando al mismo tiempo, un pasado glorioso.

Para el caso uruguayo, la Sociedad de Amigos de la Arqueología era fundada hacia 1926 por intelectuales y políticos, reconocidas figuras públicas que le dieron un fuerte tinte histórico a los hallazgos arqueológicos (Cabrera, 2012). Efectivamente, los hallazgos arqueológicos eran interpretados dentro de un paradigma histórico-cultural, donde se los relacionaba con grupos indígenas citados por las fuentes históricas.

El Sistema de las Tres Edades sirvió dentro para clasificar a las llamadas culturas prehistóricas, pero daba también legitimidad a la ocupación de territorios por parte de los estados-nación de la época al naturalizar sus límites. La fundación de distintas Sociedades de Antropología Etnología y Prehistoria tanto en Europa como en América sirvió para definir grupos étnicos por el material arqueológico y su distribución geográfica (Jones, 1997: 15). La cultura permitía distinguir entre las naciones y constituía el contenido de la identidad nacional, según esa visión.

A través de la Escuela de Viena, este paradigma llega a Argentina con Oswald Menghin, quien aplicó la doctrina del *Kulturkreislehre school* modificando y adaptando las pautas empleadas en el Viejo Mundo a las condiciones locales sudamericanas (Politis 1995: 202 y ss.). Era un seguidor de Kossinna que desarrolló un método etnohistórico directo que reforzó la identificación entre culturas arqueológicas y grupos étnicos (Jones, 1997).

La visión de la cultura que daba el paradigma histórico cultural resultaba descriptiva y poco aplicable a una perspectiva de cambios en el tiempo. El interés en identificar «hechos» tal como se

expone en *¿Qué sucedió en la historia?* de Gordon Childe); daba por sobreentendidas las causas de los cambios: migraciones y préstamos culturales (Willey y Phillips 1958).

La hipótesis central del abordaje histórico cultural es que las culturas son entidades homogéneas y delimitadas que se corresponden con tribus razas o etnias. Se basa en una concepción normativa de la cultura, a la que concibe como creencias y prácticas compartidas que determinan normas ideacionales y de conducta. A su vez, estas ideas compartidas se trasmiten de una generación a otra, constituyendo la tradición cultural acumulativa, asegurada por el proceso de socialización (Trigger 1992). Este enfoque tiene consecuencias sobre la valoración de la creatividad de los grupos humanos, ya que considera a la cultura como una manifestación conservativa, vale decir, en la que los cambios son raros y realizados por unos pocos grupos en particular. Las nociones de grado, distribución, aislamiento de rasgos distintivos, distancia social, desplazamiento y colonización son criterios que permitieron trazar un cuadro general cultural de la humanidad, de corte evolucionista (sin hacerlo explícito) que se expresó en la metáfora de la cultura como «flujo» (Binford 1981); lo que daría lugar luego a la denominación de «procesualismo» a esta comunidad de investigadores.

La declinación del paradigma histórico-cultural dejó lugar al establecimiento del paradigma funcionalista «procesual» conocido como «nueva arqueología» que daba una explicación de la cultura como «proceso», ya no como configuración de artefactos eventualmente asociados a identidades étnicas (Trigger 1992: 278) sino como un sistema social en evolución. En este nuevo paradigma el abordaje del conocimiento del pasado se construye utilizando métodos y modelos provenientes de las ciencias naturales; en particular el método hipotético-deductivo y el modelo de universales (Conkey 1987: 65). La crítica que planteó la nueva arqueología, estaba dirigida a la vieja concepción normativa histórico cultural. La propuesta del nuevo paradigma entiende a la cultura como un sistema, constituido de múltiples partes derivadas de un proceso que viene del pasado (Binford 1981: 28). La cultura no es tanto una realidad ideacional, (visión histórico cultural) sino un conjunto de mecanismos complejos de adaptación e integración de subsistemas tecnológicos y socioculturales orientados funcionalmente. La investigación arqueológica está dirigida, a través del uso de modelos predictivos, a interpretar la realidad pasada en términos tecnoambientales y de poblaciones (Harris 1981: 549). De ese modo, las dimensiones de la ideología, lo simbólico y sociocultural son subordinados como epifenómenos, gobernados por leyes naturales de mayor nivel de generalidad (Binford 1981: 15). Los grupos étnicos, de crucial relevancia en el paradigma anterior, muy ligados a una visión descriptiva de la cultura, pierden valor en el nuevo esquema.

Sin embargo, el interés por la etnicidad no despareció por completo y nuevas aproximaciones han renovado la preocupación por la correlación entre grupos étnicos y restos arqueológicos (McGuire 1999; Kohl 2002). La etnicidad y la ideología no son un reflejo pasivo de normas culturales, sino que son componentes del proceso social tanto como la economía la política o la subsistencia y no un mero reflejo normativo. Sin embargo, una división artificial entre descripción empírica e interpretación social, continúa siendo común en las investigaciones arqueológicas (Jones,

1997: 15). Tal vez porque el marco histórico-cultural persiste parcialmente dentro del paradigma procesual, cuando éste se dirige hacia los procesos ideológicos y simbólicos.

En tanto la visión histórico-cultural constituía un esquema más fijo de las culturas, dando respuestas en términos de migraciones, el paradigma procesual buscó responder a cómo y por qué se produjeron los movimientos de pueblos y qué consecuencias trajeron. La cultura es concebida como un mecanismo orientado ecológicamente a satisfacer necesidades de supervivencia en términos de tecnología y sistemas económicos. La sociedad, la ideología, los aspectos simbólicos, quedan comprendidos dentro de este análisis como partes del sistema, pero son progresivamente alejadas del centro de atención porque no pueden ser «operacionales». Hay allí, una visión de la cultura como reflejo de una realidad sistémica y dinámica más profunda, lo simbólico social e ideológico quedan a nivel de lo empírico (Renfrew 1990). Con excepción de la arqueología histórica, las anteriores nociones de pueblo o grupo étnico, son abandonadas en la literatura de la nueva arqueología. La narración de los «hechos» sin embargo persiste, pero como una base para la explicación posterior. Se definen «culturas» que se distribuyen en el espacio y el tiempo; vale decir, la arqueología aísla acontecimientos. Luego viene la explicación acerca de cómo y por qué las cosas ocurrieron de ese modo, pero los «hechos» permanecen independientes de toda interpretación (Jones 1997: 28).

Una nueva «nueva arqueología»

Las críticas postprocesualistas no han estado dirigidas a la interpretación de la etnicidad en arqueología; más bien se han focalizado en los aspectos simbólicos e ideológicos que resignifican los restos y que el procesualismo había ignorado. En efecto, las nociones de etnogénesis y etnicidad no sufrieron cambios sustanciales en el marco del postprocesualismo, así como tampoco la visión sobre «cuando y por qué» ocurrieron los cambios. La etnicidad fue vista en el marco de actividades políticas dirigidas a mantener fronteras e interacciones, rechazando que fueran reflejos pasivos de plantillas normativas (Jones 1997:28).

Por su lado la arqueología marxista en Latinoamérica se desenvuelve a partir de los años sesenta en Perú y México (Politis 1995:222) buscando imprimir cierta peculiaridad en el desarrollo local de las culturas prehispánicas. Los arqueólogos reclamaban un lugar para la disciplina, como herramienta de transformación política de la sociedad, en un escenario de levantamientos revolucionarios (Mc. Guire 1992: 4). Los gobiernos dictatoriales que comenzaron a comienzo de los años setenta en el Río de la Plata, significaron el exilio de profesores y estudiantes hacia distintos países de Latinoamérica y Europa (Politis 1995: 218). Sin embargo, a mediados de esa década arriban a Uruguay misiones de rescate arqueológico procedentes de Europa y EEUU. Financiadas a través de UNESCO, junto con la Universidad de la República realizarán tareas de rescate en la zona del embalse de la Represa de Salto Grande.

El final de la dictadura abrió un espacio para el ingreso de nuevas tendencias en el pensamiento científico social. Efectivamente la «nueva arqueología» se expandió en los medios académicos, trayendo los estudios sobre cazadores-recolectores y el paradigma sistémico-ecológico a través de distintas publicaciones científicas. La Arqueología Social de los años sesenta, de corte marxista, estuvo sin embargo ausente, perdurando una mezcla de procesualismo con elementos histórico culturales, en los temas y programas de estudio; así como en los enfoques teóricos de los nuevos trabajos de investigación (Bracco R. y Durán A. 2000, López Mazz, 1992).

Nuevos trabajos, nuevas corrientes de la antropología en Uruguay, discuten los viejos paradigmas a partir de mediados de los ochenta. La arqueología y la antropología biológica contribuyen especialmente con resultados de nuevos estudios que reformulan los esquemas de los orígenes étnicos y el pasado remoto del territorio uruguayo (Sans, 1994).

Para mediados del siglo XX se presenta un panorama de diversas corrientes en la arqueología uruguaya (Cabrera, 2012: 52) donde destaca la influencia francesa por sobre otras (López Mazz, 1999:58), por lo menos como un conjunto de saberes. Si bien no había aún un *stablishment* académico burocratizado e institucionalizado, la llegada de Paul Rivet es saludada desde la Facultad de Humanidades y Ciencias, donde pronuncia una de las cinco conferencias que dio en Uruguay (López Mazz, 1999; Sans, 2002). En esa huella llegarían luego las influencias del los estudios paleolíticos y posteriormente el estructuralismo que ejercería una influencia enorme en el estudio de los mitos, el arte rupestre y también en el trabajo de campo, las tipologías (López Mazz, 1999). Otra vertiente influyente en el Río de la Plata fue la histórico-cultural, llegó desde Buenos Aires a través de Osvaldo Menghin y Marcelo Bórmida. Si bien no se avenía por completo a las posiciones del estructuralismo, se sirvió de éste para construir periodizaciones históricas sobre la base de tipologías de cuño estructuralista (López Mazz, 1999), que se emplearon para elaborar las llamadas culturas arqueológicas en una y otra margen del Plata.

Mercosur, identidad y producción de unidad política

La naturalización ideológica de los proyectos políticos como lo es el MERCOSUR, ha hecho jugar roles paradójicos a las apelaciones identitarias a que los actores políticos han echado mano para justificar, desde la vertiente histórico-cultural, a la nueva sociedad económica.

Cuando se discutió en el Parlamento el Protocolo Constitutivo del Parlamento del MERCOSUR en el año 2006 (www.laondadigital) el ex presidente Sanguinetti resaltaba todos los aspectos, asuntos, episodios de la historia de los cuatro países del MERCOSUR, que fortalecieran una idea de unidad y de destino común; por oposición al resto de América. De ese modo seleccionaba un comienzo del proceso histórico en el que habría una cierta «paridad», una base socio histórica lo más nivelada posible políticamente y que podría ubicarse, aproximadamente, en el inicio de la vida republicana independiente. Punto éste no muy bien precisado, más bien dejado en un área de

sombra ya que los países de la comunidad no tienen una historia de destino común o sentimientos supranacionales clara y manifiesta.

El conglomerado étnico del Uruguay de fines del siglo XIX presentaba una gran fragmentación económica y cultural, donde el censo de población arrojaba datos que señalaban la presencia de importante flujo migratorio de origen europeo (http://www.ine.gub.uy/biblioteca/Variables %20siglo%20xx/parte1texto2.pdf) Sin embargo, el pasado que la arqueología se empeña en revelar en nuestro país corresponde a una concepción más larga del tiempo, todos los intentos de trazar una «historia corta» dentro de la tríada: CONQUISTA-COLONIA-REPUBLICA chocan con la «cronología larga» de un pasado indígena delineado por la arqueología y que supera los ámbitos de los documentos escritos.

La visión de estado del MERCOSUR está – a juicio nuestro– más bien alineada con una «cronología corta», donde el pasado indígena es admitido como objeto complejo de estudio sí, pero de «el hombre prehistórico», en el que queda así fuera de la genealogía política: es un ancestro de toda la humanidad.

No obstante, vuelven a presentarse obstinadamente en escena, en cuanto acto oficial se considere pertinente, los objetos, las personas, los símbolos que pretenden autenticar y enfatizar un punto de partida para los acontecimientos históricos a través de una manipulación emocional y simbólica de todos esos elementos que reciben un tratamiento diferencial.

Para las antiguas generaciones de intelectuales uruguayos, (desde Andrés Lamas por lo menos) la arqueología como fuente de conocimiento del pasado, era algo que se podía admitir para una cronología larga, que ubicaba no tanto a los uruguayos sino a su «territorio» en un pasado de naturaleza casi rousseauniano en el que se especulaba acerca de supuestos valores morales y espirituales de los indígenas (Bauzá, 1895).

Sin embargo, para el Uruguay alcanzaba con las fuentes clásicas, las crónicas de militares, sacerdotes y viajeros, con las que los historiadores iban elaborando una memoria, sustancialmente política (Real de Azúa, 1969). Es una historia racional, de documentos, en la que se interpretan ideologías o acciones políticas en el marco de un realismo dado por supuesto; de algún modo los personajes resultan ser nuestros contemporáneos.

No quedó resquicio dentro de ese bloque espacio-temporal, para introducir otra cosa que no fueran fuentes escritas o habladas. Hasta ese momento las manifestaciones de la cultura material de los antiguos «ocupantes de la Banda Oriental» encajaban dentro de un modelo evolutivo de cazadores inferiores, superiores, etc.; proceso éste que haría eclosión con el «contacto» y posterior desaparición «natural» de los indígenas; argumento que la educación oficial, la que se difundía en las escuelas (Caetano, 1993: 88). Tal vez había una historia, acerca de cuya manifestación no se podían admitir demoras, por que el país estaba ingresando rápidamente en el siglo XX, en un proceso de afirmación económico social frente a Brasil y Argentina. En efecto, es en las postrimerías

del siglo XIX que una percepción nacionalista comienza a ganar espacio, en el contexto de un estado que se moderniza y busca abrirse al mercado capitalista mundial (Barrán y Nahum, 1968). Ese proyecto se genera en estrecho contacto con un modelo cultural hegemónico que propaga una visión del tipo Estado-Nación, que burocratiza casi la producción cultural, apropiándose de ella y patrocinándola, dándole a la vez un fuerte aire urbano, desde el batllismo oficial (Pelufo 1993: 65).

Relatos nacionales para la soberanía

El período que comienza en 1897 con el fin de las guerras civiles, que tendrá todavía algunas secuelas en 1904 y 1910, da conclusión a un ciclo de violencia y levantamientos revolucionarios que había comenzado en 1875 (Caetano y Rilla, 2010). Inaugura a su vez una época de producción intelectual que Manuel Claps (1969: 3) identifica con una cierta capacidad de teorización que abandona el positivismo de fines del XIX y adopta un materialismo liberal laico, de miras más amplias y que arroja una mirada crítica sobre su «pasado reciente». Es una producción que busca un relato epopéyico que apunta decididamente a los héroes, a conformar una línea del tiempo que tenga un sentido de ser nacional, que tal vez llegue hasta 1950.

Usar el pasado

El tema del uso del pasado en el surgimiento de la arqueología en el cono sur en particular y en el resto de América Latina en general, ha tenido diversas expresiones y formas, en cada país y con los diferentes regímenes políticos que se instalaban (Podgorni & Politis 1989). En Argentina y Uruguay prevaleció la idea de una mayoría descendiente de europeos (Sans 1992; Politis 1995: 197). La identidad nacional se configuró en torno a un uso del pasado que rechazó los orígenes indígenas, ocultándolos y encubriéndolos (Caetano, 1993). En la actualidad, prácticas de patrimonialización y musealización de parte del estado, han transformado el pasado dándole un cierto carácter estratégico. En el caso de Uruguay, la recuperación del pasado se hacía habitualmente a través de la Historia (Rilla, 2008: 30 y ss.) separando la memoria de la Historia, cuya distancia con la política no se tematizaba. Actualmente sin embargo, la cuestión del uso del pasado y su relación con la política, viene trayendo al campo de análisis los temas de identidad, memoria, patrimonio y una reconfiguración de algunos de los rasgos que nos constituyen como unidad político cultural.

Esta instancia significó un «giro cultural» en la disciplina, dentro de un contexto nuevo y preciso de transición regional en el Cono Sur. Queda planteado así un espacio nuevo de relaciones entre actores que interpelan desde nuevos ángulos lo que se ha dado en llamar, a falta de un término más preciso; «pasado reciente».

Digamos que la arqueología contemporánea se ha vuelto cada vez más crítica y consciente de los modos en que los datos arqueológicos y el pasado remoto pueden ser manipulados para servir a asuntos de interés político (Kohl & Pérez Gollan, 2000: 7). A su vez, una vieja preocupación

positivista, que ha desechado por anacrónicas las aproximaciones de la escuela histórico-cultural de Viena, también al evolucionismo materialista, los arqueólogos miran con deseo los logros de las ciencias físico-naturales, su seguridad y claridad y precisión. Sin embargo, aunque Hodder (1988) insista en que la disciplina debe transparentar sus procedimientos y mostrar las opciones, dudas y errores del investigador, será posible distinguir siempre interpretaciones correctas de otras incorrectas o dañinas acerca del pasado (Kohl, 1985). Por otra parte, los enfoques conservacionistas y patrimonialistas de la arqueología nada tienen que ver con la «verdad» o los «hechos», sin embargo es también un enfoque que se transmite y recomienda en las instituciones de educación superior y los gobiernos desean que esa actitud se difunda a toda la sociedad a través de los institutos de enseñanza básica.

Arqueología, etnicidad, comunidades y nacionalidad

Si bien la etnicidad es un concepto surgido del contexto colonial y del esquema de dominación occidental impuesto desde occidente, también las propias comunidades percibieron el potencial del concepto dentro del modelo político y también lo utilizaron en demandas de reclamos de tierras (Abu-el Haj, 1996). También los hallazgos y las cronologías entusiasmaron a las comunidades en una auto-percepción identitaria más rica, como ocurrió con las comunidades de «descendientes de charrúas» (http://chancharrua.wordpress.com/about/) que adoptan no obstante el lenguaje y algunos resultados de los estudios antropológicos, indicadores tales como la «mancha mongólica», o el «diente en pala» y los estudios de ADN (Sans, 1992). Lejos de plantear exclusividades y cuestiones del tipo «ciencia indígena» u «occidental», creemos que estos conflictos no son todos equivalentes en cualquier parte del mundo. Hay una sensibilidad alta al contexto en que se producen, vale decir en Uruguay no alcanza los niveles de violencia y conflictividad que puede haber por ejemplo en Argentina (Rodríguez, 2011: 1). No se pueden juzgar y ver del mismo modo, no son equivalentes, están ligados al conflicto que los engendró, no son conceptos «sueltos».

Sin negar el pasado, pero evitando incorporar enfoques «globales» que buscan neutralizar la historia, la arqueología podrá mostrar fracturas, rupturas inevitables en el proceso de construcción de nacionalidad. Tal vez la desesperanza posmoderna de encontrar en la tradición una verdad válida (Gadamer 1989: 83), sea la renuncia a ver en ese relato algo unitario y coherente. La arqueología en cambio, fue desde el comienzo una alternativa a los relatos del Antiguo Régimen, fue parte de la mirada de la modernidad sobre un mundo anterior que se desbarataba. Más modernamente la disciplina afirmaría su *ethos* de trabajo al excavar desperdicios, desechos, lo que la gente abandonaba, olvidaba, se trata de las escalas microscópicas o capilares, casi un «inconsciente», que los arqueólogos traen a un presente conflictivo en el que emergen.

El uso político navega otras aguas, obvia esos aspectos y busca una perspectiva que dé continuidades y rupturas, dando patrocinio muchas veces de un modo sutil a las investigaciones:

El ex presidente Sanguinetti decía por el año 1997 al diario *El Observador*, (30 de enero de 1997) el titular del artículo rezaba: «La Historia se aprende. La investigación en torno a los cerros indígenas que está a punto de reescribir la prehistoria uruguaya despierta el interés del presidente Julio Saguinetti, que respalda personalmente el proyecto y se propone aprender».

Más adelante seguía:

> tenemos algunas hipótesis confirmadas (…) los cerritos prueban la existencia de una prehistoria uruguaya protagonizada por una cultura avanzada (…) tampoco tenemos una visión muy clara de nuestras raíces profundas (…) Esto no es un tema baladí, es el tema fundamental de las propias existencias nacionales.

«La historia se aprende», podría ser el mínimo liberal aceptado para evitar decir la «historia es una ciencia (objetiva)» o es un «gran relato»; si se aprende podría ser catalogada de «conocimiento», pero no se aprende, no «entra en la cabeza» sino es en virtud de un aprendizaje que se hace en instituciones, que por supuesto el estado controla, eso es lo que no se dice. «Tenemos algunas hipótesis confirmadas…» La afirmación del Presidente fue categórica, la propia institución se involucra hasta en las hipótesis, le da un cierto tinte oficial al trabajo. Las referencias a la existencia de una «cultura avanzada», una, el «conocer sus raíces» lo «que ocurrió en el territorio que ocupa» son los parámetros que los sistemas políticos precisan de la arqueología. No es que la arqueología se preste, de un modo inevitable y que su sino sea el de su uso político, siempre va a haber uso político, deber de los arqueólogos será desmontarlo, mostrarlo.

Conclusiones

Esperábamos que la relación entre el nacionalismo y la arqueología en la región propuesta fuera más clara, menos esquiva. En efecto, las plataformas políticas de ningún movimiento utilizaron los restos arqueológicos, los sitios, los lugares, más que con algún interés de muy corto alcance.

No es que los políticos estén ciegos a esta temática de la manipulación, sino que tal vez los proyectos político partidarios no tuvieron tiempo de impregnarse en las claves locales, en la conexión de geografía e historia y ocupación humana del territorio. Por otro lado, el tópico de la «sangre» en relación con la traza de los orígenes de la nación fue un asunto algo confuso pues la «sangre» como lazo hereditario no ataba a los orientales al suelo por sus ancestros, ya que en la región no había conflictos de tierras, sino un proceso de ruptura política y social con el imperio español y portugués. En ese sentido, la metafísica de un pasado remoto, ha sido encarada desde la visión de un estado nacional También seguramente hay un «uso del pasado» hecho desde una perspectiva subalterna, sólo que sería más difícil de percibir, o no emergería tan fácilmente por ser, precisamente, subalterno.

El otro lado del diálogo fue mostrar cómo los sujetos imperiales utilizaron para reforzar sus propias autoridades, la arqueología, las tradiciones culturales, y presuntos derechos a la tierra. Los

conflictos políticos de la Región del Plata no tuvieron una base étnica, conectada a la tierra, sino más bien una lógica de partidos en un largo conflicto entre Federales y Unitarios, con una fuerte conexión internacional (Barrán, 1989). Por otra parte, tampoco hubo colapsos políticos de gran magnitud que pudieran viabilizar intentos de generar imaginarios alternativos. Los gobiernos de una y otra orilla no tuvieron necesidad de represar o, al revés, diseminar estudios arqueológicos con una finalidad concreta, montada sobre un conflicto político. Los límites del uso del pasado a través de la arqueología tal vez estén representados por las características del escenario político que rodea a la disciplina, de un modo que no es posible conectar epistemológicamente a la disciplina con la demanda que proviene del sistema político.

Bibliografía

Abu-el Haj, N 1996. *Translating Truths: Nationalism, the practice of archaeology, and the remaking of past and present in Contemporary Jerusalem*.University of Pennsylvania. EEUU.

Barrán, P 1989. *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*.T. I y II. Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo.

Bauzá, F1895. *Historia de la Dominación Española en el Uruguay*. Tomo I. Barreiro y Ramos. Montevideo.

Binford L 1981. *Bones. Ancient men and modern myths* Academic Press. Nueva York

Bracco R. y Durán A. 2000. *Arqueología de la Tierras Bajas*. Ministerio de Educación y Cultura. Montevideo.

Cabrera, L. 2012 *Arqueología en el Sur del Brasil y Región Este de Uruguay: los «cerritos de indios»*. Berlín. Editorial Académica Española.

Caetano G. y Rilla, J 2010. *Historia Contemporánea Del Uruguay. De la Colonia al siglo XXI*. Editorial Fin de Siglo. Montevideo.

Caetano, G 1993. «Identidad Nacional e Imaginario Colectivo en Uruguay. La Síntesis perdurable.» En: *Identidad Uruguaya. ¿Mito, Crisis o Afirmación?* Pp. 75-95. H. Achúgar y G. Caetano (comp.) Ed. Trilce. Montevideo.

Gero J y Conkey M 1997. «Programme to practice: gender and feminismo in archaeology» *Annual Review of Anthropology*, 26 pp. 411-437.

Gadamer H G 1989. «Historia de efectos y aplicación». En: *Estética de la recepción*. R. Warning (Ed.). Visor. Madrid.

Harris M 1981. *El desarrollo de la teoría antropológica*. Alianza. Barcelona.

Hodder I 1988. *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Crítica. Barcelona.

Jones, S 1997. *The archaeology of Ethnicity*. Routledge. Londres y Nueva York.

Kohl, A & Péres Gollan, A 2002. «Religion, Politics, and Prehistory, Reassessing the Lingering Legacy of Oswald Menghin.» *Current Anthropology* 43, pp. 561–586.

Kohl, P 1985. «Symbolic cognitive archaeology: a new loss of innocence». *Dialectical Archaeology*, 9, pp 105-117

López Mazz, J 1992. «La reconstrucción del pasado, la identidad nacional y la labor arqueológica: el caso uruguayo».. En: *Arqueología en América Latina Hoy*. Pp. 167 -175. Gustavo Politis (Ed.). Biblioteca Banco Popular. Bogotá.

López Mazz, J 1999.«French Influence in Uruguay and Brazil Archaeology», in *Archaeology in Latin America* (Politis y Alberdi, eds.) pp.38-58. Rotdlege, London.

McGuire R 2008. *Archaeology as political action* University of California Press. Londres.

Pelufo,G. 1993. «Crisis de un Inventario». En: *Identidad Uruguaya. ¿Mito, Crisis o Afirmación?* Pp. 63-73. H. Achúgar y G. Caetano (comp.) Trilce. Montevideo

Podgorni I & Politis G 1989. «¿Que sucedió en la historia? Los esqueletos Araucanos del Museo de La Plata y la Conquista del desierto.» *Precirculated Papers, Archaeological Ethics and the Treatment of the Dead*. University of South Dakota

Politis C 1995. «The socio politics of the development of archaeology in hispanic South America». En: *Theory in Archaeology A World Perspectiva*. Peter J. Ucko. (Ed.) pp. 197-228. Routledge London and New York.

Real de Azúa, C 1969. «El Uruguay como reflexión». 2 V. *Capítulo Oriental*. Montevideo.

Renfrew C 1990. *Arqueología y Lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos.* Crítica. Barcelona.

Rilla J 2008. *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1842-1972).* Editorial Sudamericana Uruguaya. Montevideo.

Rodríguez, M 2011. «"Casualidades" y "causalidades" de los procesos de patrimonialización en la provincia de Santa Cruz. Corpus». *Archivos virtuales de la alteridad americana*, Vol. 1, N° 1, 1er semestre 2011.

Sans, M 1992. «Genética e Historia. Hacia una revisión de nuestra identidad como "País De inmigrantes"». En: *Estudios Antropológicos. Ediciones Del Quinto Centenario*. Montevideo.

Sans, M 2000. «Admixture Studies in Latin America: From the 20th to the 21st Century». *Human Biology*, v. 72 pp. 155-177. Wayne State University Press. Michigan, Detroit.

Trigger, B.1992. *Historia del Pensamiento Arqueológico*. Crítica. Barcelona

Willey y Phillips 1958. *Method and Theory in American Archaeology*. University of Chicago. Chicago.